

LA OBRA DE OLIVER LEGIPONT Y LA BIBLIOTECA DE SAN ISIDRO, EN MADRID

AURORA MIGUEL ALONSO

Biblioteca de la Universidad Complutense, Madrid

Voy a presentar en este trabajo una parte de las investigaciones que vengo realizando desde hace años sobre los fondos de la Biblioteca de San Isidro, conservados en la actualidad en la biblioteca de la Facultad de Filología de la Universidad Complutense de Madrid. En concreto, estudiaré la obra de Oliver Legipont: *Dissertationes Philologico-Bibliographicae* (Nüremberg, 1747), manual de biblioteconomía de cierta difusión en España en la segunda mitad del siglo XVIII, y analizaré la posibilidad de su utilización por parte de los bibliotecarios que organizaron esta biblioteca entre los años 1770-1785.

Se echa en falta la existencia de una monografía que estudie con detenimiento la historia de esta Biblioteca, nacida por decisión real y al amparo del espíritu ilustrador del siglo XVIII. Las historias sobre esta época aparecidas en el siglo XIX, como la de Ferrer del Río, y las obras que describen el Madrid de la época (las de Mesonero Romanos, Fernández de los Ríos o Madoz) recogen útiles datos sobre su fundación, fondos y acontecimientos más importantes en que se vio envuelta. En la actualidad, Millares Carlo¹ sólo le dedica dos líneas en su libro sobre historia de las bibliotecas, y únicamente José Simón Díaz, en su Historia del Colegio Imperial², recoge pacientemente toda la documentación conservada sobre este tema en el Archivo Histórico Nacional, Academia de la Historia, Biblioteca Nacional, etc., que posibilita el cono-

¹ MILLARES CARLO, AGUSTÍN: *Introducción a la Historia del libro y de las bibliotecas*. México, Fondo de Cultura Económica, 1971, pág. 294.

² SIMÓN DÍAZ, JOSÉ: *Historia del Colegio Imperial de Madrid*. Madrid, Instituto de Estudios Madrileños, 1952-1959.

cimiento de uno de los logros de nuestra biblioteconomía del siglo XVIII, no por desaparecido menos importante.

Mientras este trabajo llega, considero oportunas unas breves anotaciones para situar en su contexto histórico los fondos que quiero estudiar.

LA BIBLIOTECA DE SAN ISIDRO

La primera época de la Biblioteca de San Isidro está unida estrechamente al Centro en que se fue formando: el Colegio Imperial de los Jesuitas de Madrid. Este Colegio fue la sede de los Reales Estudios creados en Madrid por Felipe IV en 1625, en un momento de fuerte influencia de la Compañía de Jesús. El enfrentamiento que surgió desde el primer momento con la Universidad Complutense no cesó hasta que, en el siglo XIX, las propiedades del Colegio fueron agregadas a esta Universidad.

Cuando en 1767 el rey Carlos III decidió el extrañamiento de los jesuitas, la «librería» del Colegio Imperial era muy importante, y a ésta se fueron añadiendo los fondos aparecidos en los edificios abandonados por la Compañía: Noviciado, Casa Profesa, Seminario de Nobles y Colegio de Escoceses de San Jorge. En los siguientes años fueron llegando libros, manuscritos y documentos de otros conventos de provincias y del mismo Madrid, por lo que en 1770, Carlos III crea por Real Decreto de 19 de enero la Biblioteca Pública de San Isidro, «así para el uso de los maestros y profesores y de sus discípulos» de los también restaurados Estudios Reales, «como para el común de los demás estudiosos que quieran concurrir a ella»³.

Las vicisitudes de la Biblioteca en su etapa de Biblioteca pública están resumidas por Madoz: «Es uno de los establecimientos debidos a Carlos III... por Real Decreto de 1 de enero de 1786 le concedió el privilegio de un ejemplar de todas las obras que se publicasen en el reino, consignándola para compra de libros extranjeros y nacionales ya publicados, así como para encuadernaciones y demás gastos, 13.733 rs. sobre los fondos de los mencionados estudios. En un principio estaba servida por dos bibliotecarios, teniendo el primero a su cargo la cátedra de historia literaria; pero esta plantilla se varió a la muerte del bibliotecario mayor, don Miguel de Manuel, quedando suprimida la in-

³ Libro VIII, Título XIX, Ley III de la Novísima Recopilación.

dicada cátedra en 1802 y creándose un bibliotecario y cuatro oficiales, en cuyo estado ha permanecido hasta su incorporación a la Universidad Literaria en 1 de noviembre de 1845... Llegó a ser una de las bibliotecas primeras del reino... Poseía una preciosa colección de manuscritos, de los cuales se formó un catálogo que existía siendo bibliotecario don Pedro de Estala en el año 1807 y siguientes hasta el 1813, cuyo catálogo fue impreso en Gottinga... Hallándose la biblioteca en el mejor estado y caminando a su perfección, sobrevino la Guerra de la Independencia, en cuyo tiempo careció de fondos con que atender la compra y conservación de libros, y cuando aquélla terminó, fue entregada a los PP. Jesuitas. Desde esta época empezó su decadencia, pues la abandonaron después de llevarse los manuscritos y obras que más les acomodaron a la que ellos llamaban biblioteca doméstica... Suprimidos definitivamente los jesuitas en 1835 y con ellos el privilegio que gozaba la biblioteca del ejemplar de los impresos que se publicarían en el reino, nada pudo ésta adelantar, mucho menos disponiéndose como se dispuso que pasase a la de las Cortes la librería doméstica... En 1841 se incorporó a la Universidad, y se la designó 6.000 reales anuales para gastos de compra, encuadernación y limpieza de libros, para esteras y carbón. El total de volúmenes que constaba en la citada época de 1845 era de 66.000 ordenada desde su creación según el plan de Oliver Legipont, benedictino»⁴.

La descripción de Madoz recoge bastantes datos interesantes:

1. La califica como una de las primeras bibliotecas del reino.
2. Para que pudiera alcanzar esa categoría, Carlos III concedió el privilegio de recibir, como la Biblioteca Real y la de El Escorial, un ejemplar de todas las obras que se publicasen en España.
3. Se le asignó un presupuesto anual de 13.733 rs. Para calibrar su importancia, hay que compararlo con el presupuesto asignado en 1841 cuando se la asimiló a la Universidad Central: 6.000 reales, habiendo perdido para entonces, además, el ejemplar gratuito de todo lo que se publicase en la nación.
4. Desde su inauguración se le asignó una plantilla de dos bibliotecarios, teniendo uno de ellos categoría de catedrático.

⁴ MADÓZ, PASCUAL: *Diccionario geográfico, histórico y estadístico de España*. Madrid, 1848. Tomo X, págs. 327-328.

5. La biblioteca fue organizada desde su creación siguiendo los planes de Oliver Legipont, benedictino.

He comprobado que la obra de este fraile benedictino figura en el catálogo de los fondos procedentes de la Biblioteca de San Isidro. Pienso que este dato hace más verosímil la información de Madoz. La obra de Legipont, publicada originariamente en Latín (Nüremberg, 1747), fue traducida al español en 1759 por el estudioso valenciano Joaquín Marín, que más tarde fue catedrático de Derecho natural y de gentes en los Reales Estudios de San Isidro. Petzholdt en su *Bibliotheca bibliographica* (Leipzig, 1866) sólo cita la existencia de esta traducción a lenguas vernáculas, lo que supone un interés especial por parte de los bibliógrafos españoles.

Y, por último, recojo unas líneas del artículo publicado por Toribio del Campillo en 1893 que ratifican que esta biblioteca se organizó siguiendo un plan previo de clasificación. Desgraciadamente no nos da el origen de la documentación citada, pero sí entrecomilla los textos originales. Campillo nos dice que la avalancha de libros llegados al Colegio Imperial hizo que el Consejo de Castilla encargase a los bibliotecarios Irusta y Acevedo separar todos los libros recogidos para establecer la Biblioteca Pública «por las facultades a que cada obra correspondiese, colocarlos bajo un sistema racional y metódico, en sus respectivos estantes, anotarlos e inventariarlos en índices»⁵.

DE ADORNANDA ET ORNANDA BIBLIOTHECA

Pasemos a estudiar esta figura y obra de Oliver Legipont, resaltando circunstancias que le unieron a nuestra biblioteca.

Oliver Legipont nació en Soyron, ducado de Limburgo, en 1698. Hízose monje benedictino en el monasterio de San Martín de Colonia en 1719. En 1723 le nombraron bibliotecario del convento, dedicándose al mismo tiempo a enseñar filosofía y derecho canónico. Colaboró estrechamente con el P. Bernard Pez, también benedictino, en sus investigaciones históricas sobre la Orden, lo que le supuso visitar y conocer diversas bibliotecas y archivos monásticos. En 1733 pasó a Viena, donde el abad de Gottweig le encomendó la biblioteca de su monasterio. Murió en Treverisen en 1758. De las muchas obras que es-

⁵ CAMPILLO, TORIBIO DEL: «La Biblioteca de San Isidro antes de ser pública». *Rev. Arch. Bibl. Mus.*, III (1873), núm. 8, págs. 113-116, y núm. 10, págs. 145-148.

cribió sobre diversos temas, la que nos interesa especialmente es la que publicó para su aplicación en las distintas bibliotecas que visitó.

La descripción completa de la portada de la edición original, que es la conservada en los fondos de San Isidro, es la siguiente: R. P. | Oliverii Legipontii, | Coenobitae Benedictini, | Dissertationes | Philologico-Bibliographicae, | in quibus | De Adornanda, & ornandâ | Bibliothecâ | nec non | De manuscriptis, librisque rarioribus, | & praestantioribus; | Ac etiam de Archivo in ordinem redigendo, veterumque Diplomatum | criterio; | Deque Rei Nummariae, ac Musices studio, & aliis potissimum ad elegantiores literas spectantibus | rebus disseritur | In usum | Bibliothecariorum, et Philobiblorum | publice luci commissae | Norimbergae, | Impensis Pauli Lochneri & Mayeri. | A. MDCCXLVII.

La edición española recoge solamente dos partes del libro, las referidas a la organización de bibliotecas y archivos, y es añadida a otra obra del autor. La descripción de la portada es la que sigue: Itinerario | en que se contiene | el modo de hacer con utilidad | los Viajes à Cortes Estrangeras. | Con dos dissertaciones. | La primera sobre el modo | de ordenar, y componer una Librería. | La segunda sobre el modo | de poner en orden un Archivo, | escrito todo en latín | por el P. D. Oliver Legipont, | de la Orden de San Benito. | y traducido en Español | por el doctor Joaquín Marín. | Año 1759 | En Valencia: año m.DCC.LIX. | Por Benito Monfort, junto al Hospital de | los Estudiantes.

La parte dedicada a bibliotecas comienza en la pág. 155. Se divide en diez capítulos, estudiando cada uno de ellos un área del trabajo biblioteconómico:

1. Del origen de las librerías, y afición de los antiguos a formarlas.
2. De la excelencia, y adorno de la librería.
3. De los modos, medios, y ayudas para fundar las Bibliothecas.
4. Del examen, elección, número y qualidad de los libros que se han de comprar.
5. De los adornos, e Inscripciones de las Bibliothecas.
6. De la dysposicion de una Libreria.
7. De la general, y especial partición de los libros, y orden de los assientos.
8. Del modo de señalar los Armarios, Estantes, y libros para hallarlos mas facilmente.
9. Del modo de componer el índice de los libros.

cribió sobre diversos temas, la que nos interesa especialmente es la que publicó para su aplicación en las distintas bibliotecas que visitó.

La descripción completa de la portada de la edición original, que es la conservada en los fondos de San Isidro, es la siguiente: R. P. | Oliverii Legipontii, | Coenobitae Benedictini, | Dissertationes | Philologico-Bibliographicae, | in quibus | De Adornanda, & ornandâ | Bibliothecâ | nec non | De manuscriptis, librisque rarioribus, | & praestantioribus; | Ac etiam de Archivo in ordinem redigendo, veterumque Diplomatum | criterio; | Deque Rei Nummariae, ac Musices studio, & aliis potissimum ad elegantiores literas spectantibus | rebus disseritur | In usum | Bibliothecariorum, et Philobiblorum | publice luci commissae | Norimbergae, | Impensis Pauli Lochneri & Mayeri. | A. MDCCXLVII.

La edición española recoge solamente dos partes del libro, las referidas a la organización de bibliotecas y archivos, y es añadida a otra obra del autor. La descripción de la portada es la que sigue: Itinerario | en que se contiene | el modo de hacer con utilidad | los Viajes à Cortes Estrangeras. | Con dos dissertaciones. | La primera sobre el modo | de ordenar, y componer una Librería. | La segunda sobre el modo | de poner en orden un Archivo, | escrito todo en latín | por el P. D. Oliver Legipont, | de la Orden de San Benito. | y traducido en Español | por el doctor Joaquín Marín. | Año 1759 | En Valencia: año m.DCC.LIX. | Por Benito Monfort, junto al Hospital de | los Estudiantes.

La parte dedicada a bibliotecas comienza en la pág. 155. Se divide en diez capítulos, estudiando cada uno de ellos un área del trabajo biblioteconómico:

1. Del origen de las librerías, y afición de los antiguos a formarlas.
2. De la excelencia, y adorno de la librería.
3. De los modos, medios, y ayudas para fundar las Bibliothecas.
4. Del examen, elección, número y calidad de los libros que se han de comprar.
5. De los adornos, e Inscripciones de las Bibliothecas.
6. De la dysposicion de una Librería.
7. De la general, y especial partición de los libros, y orden de los assientos.
8. Del modo de señalar los Armarios, Estantes, y libros para hallarlos mas facilmente.
9. Del modo de componer el índice de los libros.

10. Del Prefecto de la Biblioteca, y utilidad de la Librería.

Lo que, traducido al lenguaje profesional de hoy, es: historia de las bibliotecas, su función y finalidad, adquisición y selección de los fondos, mobiliario, distintas clasificaciones sistemáticas utilizadas para colocar los libros, especialmente la que Legipont recomienda, señalización topográfica, redacción de los distintos catálogos, sobre todo el de autores y materiales, y digresiones últimas sobre las bibliotecas y el bibliotecario. Como se ve, un auténtico manual de biblioteconomía en su sentido más estricto.

El autor en la primera página del libro ya nos explica cuál es su finalidad: «tratar primero del origen de las librerías, excelencia, utilidad y adornos; luego después para explicar el método de ponerlas en buen orden, y la norma para formar el catálogo de los libros, con tal brevedad y claridad, que no fatigue el ánimo y paciencia del lector benévolo» (págs. 155-156). Un buen resumen con muy pocas palabras y, sobre todo, una muestra del excelente castellano utilizado por el traductor.

A continuación nos da la definición de biblioteca: «Entendemos por Bibliotheca una Oficina de todo género de erudición, o lugar donde se deposita una muchedumbre de libros de cada género» (pág. 158); un concepto de biblioteca activo: la biblioteca no sólo es un cúmulo de libros ordenados o no por materias, sino un lugar donde se elabora la sabiduría que emana de ellos. De todas formas, todavía sólo se habla de erudición, no de difusión de la cultura a todo tipo de lectores; para llegar a esta concepción de biblioteca hay que llegar al siglo XIX con el mundo anglosajón.

Se refiere a la importancia de los libros en todo trabajo intelectual, pues «toma agua con un cribo el que quiere aprender sin libro» (pág. 176), y nos habla de la figura del bibliotecario «porque la Bibliotheca está muerta, si en su gobierno no se coloca uno que sea *alma de la Bibliotheca*, cuyo título no adquiere nadie sino aquel que se huviesse introducido bien en lo más íntimo de la materia literaria, y de las muertas Bibliothecas se huviesse él hecho una Bibliotheca viva; pues éste debiera exercer con la mayor afición este empleo, inspirar a los otros el amor de los libros, conmovier el galardón de los méritos, juntar con ansia donaciones y legados píos; y si otras cosas concurren a esto mismo, ejecutarlas con particular cuidado» (págs. 197-198). Como vemos, son cualidades de un buen bibliotecario la vocación, saber fomentar el amor a los libros, procurar el acrecentamiento de la biblioteca y, en

primer lugar, «dominar la materia literaria»; a este respecto, conviene recordar que una de las funciones del bibliotecario primero de la Biblioteca de San Isidro es hacerse cargo de la cátedra de historia literaria (Madoz, pág. 327), e incluso Floridablanca comunicó por R. O. de 1 de enero de 1786 que se empleara como libro de texto en dicha cátedra la obra del abate Andrés⁶.

SELECCIÓN Y ADQUISICIÓN DE LIBROS

En el capítulo tercero nos explica que para formar una buena biblioteca se deben seguir diversos caminos, no sólo apoyarse en consejos eruditos (pág. 189), sino también procurar la compra de viejas bibliotecas «porque son las Bibliothecas muy semejantes a un río, que mientras lleva tan sólo sus aguas, corre muy limitado, pero quando los demás ríos y arroyos van poco a poco descargando en él, se derrama maravillosamente... Si se añadiessen de día en día nuevos despojos... crecerá de un modo admirable» (págs. 187-188); la búsqueda de libros desechados «dignos de mejor fortuna, despreciados sólo de aquellos, que en el surtimiento de libros, rudos e ignorantes, no saben quanto distan las monedas verdaderas de las fingidas» (pág. 193); de los donativos (págs. 194-195); consultas a libreros «pues sería cordura el buscar algunos Mercaderes de libros, u hombres enseñados por la larga experiencia, que nos pudieran subministrar quanto de nuevo y bueno en el orbe literato, e investigar con atención y procurar los libros que deseamos» (pág. 198); e incluso los manuscritos de obras todavía sin publicar, lo que nosotros ahora llamamos documentación gris: «se debe esforzar a conseguir el copiar, por medio de Escribientes, los tratados destinados para dictar, tanto privadamente como en los públicos Colegios por los Cathedráticos más célebres de las Universidades vecinas: porque deste modo juntaremos a la postre un grande thesoro de los más excelentes pensamientos, los quales no pocas veces son mucho mejores que muchos manuscritos antiguos, y cuyo poco aprecio se debe reputar por ganancia» (pág. 196).

⁶ Se refiere sin duda al jesuita Juan Andrés, nombrado por el rey de Nápoles su bibliotecario al ser expulsado de España. La obra a que se refiere es: *Del origen del progreso y del estado actual de la literatura*, publicada primeramente en italiano y traducida al español en diez volúmenes (1782-1798). Es considerado por diversos autores como uno de los primeros críticos literarios. La obra citada se conserva también en los fondos de San Isidro.

Para llevar a cabo esta política de adquisiciones se debe contar con un buen presupuesto: «en nuestros Monasterios juzgo, que de este modo se podía aumentar con facilidad la Librería, si de fixo se señalassen algunas rentas anuales para el aumento de la Bibliotheca... que si aprobassen este consejo todas las Sociedades, no queda arbitrio para dudar que dentro de breve tiempo saldría una muy escogida y muy abundante porción de libros de todo género... pues deste modo vemos que crecieron en los más de los Monasterios las Bibliothecas más caudalosas» (pág. 197). De todas formas, «la más cierta regla previene se cercenen las costas superfluas, que muchos suelen consumir incautamente en la encuadernación y adorno de sus libros, quando fuera mejor hacer estos gastos en juntar los nuevos que faltan aún... Se comprarán también con más facilidad libros si se ahorran los gastos, que suelen emplearse en juntar los más raros o menos útiles» (pág. 195).

Una vez que el bibliotecario conoce qué libros puede incorporar a su biblioteca y cuenta con el presupuesto adecuado, hay que plantearse todavía dos cuestiones para poder seleccionar bien los fondos: qué tipo de libros deben figurar en la biblioteca que se está organizando y señalar unas normas claras para escogerlos con objetividad. Empecemos por el primer problema: ¿qué libros deben aparecer en una biblioteca para que ésta se considere completa? No debemos olvidar que estamos en el siglo XVIII, y que nos habla un benedictino que piensa, ante todo, en bibliotecas monacales o de sociedades religiosas.

Hay un párrafo en el libro, quizá demasiado extenso, pero que merece recogerse porque describe exacta y claramente lo que era una biblioteca completa en esta época: «Se ha de componer pues la Librería, en especial, de todos los Escritores, tanto antiguos como modernos, que se consideran como a principales en algun arte o ciencia, y se deben buscar sus mejores ediciones... junto con sus más célebres Intérpretes, Comentadores y Censores, según cada una de las Facultades y disciplinas... Débense poner también todos los Escritores antiguos y modernos de alguna entidad en el idioma de que usaron, v.g. la Biblia y los Rabinos en lengua Hebrea, porque es mejor, y cosa más primorosa tener las mismas fuentes de donde procedieron tantos riachuelos, que no las traducciones: porque se observa más fuerza y vigor por lo regular en los escritos primitivos... Después destos escritos que llevan la vanguardia, se han de colocar los Escritores que de intenso ilustraron algunas ciencias y facultades... que trataron de algun particular assumpto, o en general o determinadamente... no se han de juntar a

montón de una calidad, sino los más excelentes y exquisitos. Debe extenderse a todos los tratados de cualquier ciencia, pero con esta distinción, que deben tener nuestra primera estimación aquellos que tocan de cerca en nuestra profesión o destino... Convendrá igualmente juntar aquellos que con aplauso tomaron la pluma contra esta o aquella ciencia, o se opusieron eruditamente a las opiniones vulgares de otros e ilustraron las obras de otros con censuras y críticas... y por fin, todos aquellos que se expusieron a la misma suerte y que están atados entre sí con vínculo tan estrecho que fuera absurdo leer el uno sin el otro. Por último no se ha de omitir nada... cuyo género son los papeles, ensayos o todo género de obras ni tituladas de cualquier otro modo... porque sucede que semejantes pequeños libros, por la gravedad de cosas y selecta condición, son dignos de preferirse a volúmenes corpulentos por lo que Naudeo afirma que se busquen en todas las Librerías, y que se encuadernen juntamente distribuidos en ciertas classes. Porque deste modo se les añade mérito y valor... Despreciadas estas menudencias... perdemos un inestimable thesoro de colecciones que con mucha justicia se deben poner siempre entre las alhajas preciosas de las Bibliothecas» (págs. 208-213).

Y aún profundiza más en este aspecto de la selección estableciendo qué porcentaje debe existir entre los distintos tipos de libros. Hoy día, y sobre todo pensando en biblioteca pública, se ha hecho ya clásica la división de los fondos de una biblioteca en libros de estudio, referencia y ocio. Legipont nos hace una división muy parecida, pero en su lenguaje dieciochesco: «pues así como de las cosas caseras, unas se buscan por necesidad, otras para provecho, otras para hermosura y adorno... así también los libros, unos son necesarios, otros útiles, otros hermocean. Aquella se juzga por fin perfecta bibliotheca, que se compone del triplicado género de libros dicho: pues quando se atiende a la conveniencia de todos, se han de aplicar medios también de todas especies, se ha de permitir algo también para el recreo de los eruditos, para que desmayados de muchas maneras con Escritores de una misma calidad, y cansados por la meditación sobrado elevada, sean otra vez halagados e incitados» (pág. 206).

Hasta aquí, Legipont nos ha dicho qué tipo de libros deben encontrarse en una biblioteca para que ésta se considere perfecta. A continuación nos dará unas normas muy precisas para seleccionar, ya con el libro en la mano, cuál es el más adecuado. Gradualmente por orden de importancia, el bibliotecario debe fijarse en la belleza material

del libro: esto es, que un libro esté bien impreso; en la calidad de la obra: que un libro esté bien escrito; y también, lo que es muy importante en una biblioteca científica, que el bibliotecario mantenga siempre joven la mente para no rechazar ningún libro por ser demasiado novedoso o contrario a la tendencia en que está inmerso.

Todo bibliotecario, y quizá más en esta época que estudiamos, tiene una veta de bibliófilo. Legipont nos ayuda para seleccionar un libro bello y nos dice: «El amante de buenos libros debe, antes de todo, atender a elegir igualmente las mejores ediciones de las obras, las que hacen recomendables, o la limpieza de la letra o la integridad de las sentencias o lo curioso del papel o la industria del Impressor. Las señales de la edición más primorosa, y en todas maneras perfecta, son éstas: 1. Si está escrito el libro con caracter limpio y bien acomodado a los ojos. 2. Si no estuviese manchado de ningún modo con borrones de los moldes, o huviere pocos. 3. Si sobresalga por lo dilatado del margen, conveniente forma, blancura del papel y adornos sobrepuestos. 4. Si se haga de estimar por los eruditos catálogos de los capítulos, justas advertencias, perfectas puntuaciones y copiosos índices, etc.» (págs. 203-204).

También nos da unas normas muy precisas en cuanto a la calidad de la obra: «Assi el primer cuidado será, quando se ha de comprar algun libro, indagar primero si se ha de contar entre los buenos o no. Por tal pues se juzga el que contiene cosas útiles, de peso, ingeniosamente descubiertas y establecidos bien los fundamentos con el orden que se corresponde, con claridad, elegancia y justamente con corriente los lleva encadenados. Donde ves que se han de atender tres cosas en particular, a saber: 1. La elección en las cosas, de qué trata el Escritor. 2. El método o distribución de las mismas. 3. La misma locución acomodada a las cosas. En la primera y segunda aparece el juicio y erudición del Escritor; en la tercera reluce el ingenio y práctica de escribir. Casi es superfluo buscar otra cosa demás en el trabajo de cualquier Author» (pág. 201).

Y en otro lugar del libro nos dice cuán difícil es mantenerse objetivo ante un libro novedoso: «Porque muchas veces con ciego juicio condenamos Escritores no entendidos, o extrañamos de nosotros los que no hemos oído, de manera que en realidad aquí tanto como en otra cosa tienen los libros su fortuna, según la capacidad del comprador. ¿Porque qué docto hay, lo mismo digo del ignorante, que haviedo tomado en sus manos un libro para mercar, y viendo que se apar-

ta de la saliva que una vez se tragó, lo que lee no le arroje al instante como contrario a su idea? Verás también algunos que, llevados de no se que graciosa dulzura, están cebados de manera en las vanidades de la escuela, que prefieren los Autores embutidos de semejantes centones, como quiera que magros y secos, a los mejores de todos» (págs. 189-190).

ORDENACIÓN DE LOS LIBROS. CLASIFICACIÓN DE LEGIPONT

En unas pocas páginas hemos resumido el pensamiento de Legipont en uno de los temas capitales de la biblioteconomía: la selección y adquisición de los fondos. A continuación vamos a exponer la clasificación y ordenación de los libros. Y con este tema nos reencontramos con la Biblioteca de San Isidro. Me he planteado si es suficiente la cita de Madoz, transcrita anteriormente, para relacionar a Legipont con esta Biblioteca. Mi respuesta es afirmativa. Madoz es un autor de gran fiabilidad para los investigadores actuales, el libro que estudiamos está en los fondos procedentes de San Isidro, la biblioteca se organizó desde cero por orden expresa del Consejo de Castilla y de su presidente Floridablanca y, además, la obra traducida se encontraría con bastante probabilidad en la Biblioteca Real, ya que uno de los ejemplares conservados en la Biblioteca Nacional tiene su sello. Es de suponer que los bibliotecarios Irusta y Acevedo, encargados de organizar la biblioteca, se documentaran para emprender una obra tan monumental: organizar más de treinta mil volúmenes, y qué más lógico que usar un libro publicado en España once años antes. No obstante, pienso que será muy útil repasar toda la documentación conservada sobre la biblioteca, porque se pueden encontrar datos indirectos que ayuden a esclarecer la cuestión.

Legipont dedica dos capítulos (caps. 6 y 7) al problema de la ordenación de libros. Considera que «el mejor adorno de la librería es la buena disposición de los libros... que ayuda la memoria, facilita el uso, y es como la llave y el instrumento sin el qual sería necesario algunas veces ir errando mucho tiempo con molestia por los Estantes y Caxones. ¿Para qué pues aprovecha juntar libros si no podemos usar dellos bien y prontamente?... Y assi, debiendo ser el fin y blanco de componer y juntar la Librería, su uso; pero saliendo éste del todo difícil y molesto, por no decir imposible, si los libros juntos en uno no se dis-

tribuyen por su justo orden, y se disponen según la serie de materias o de cualquier otro modo, con cuyo socorro se pueden hallar y sacar de sus nidos con facilidad y como dicen, sobre la marcha, siempre que lo pide la ocasión; para que no quede privada de su fin la multitud de libros, juntada de todas partes con tantas cosas y cuidados, y se haga un monstruo de descuido y negligencia» (pág. 228).

El capítulo sexto lo dedica exclusivamente a recoger las distintas clasificaciones utilizadas en bibliotecas famosas, o por lo menos conocidas por él. Describe en detalle alguna de ellas, como la de Naudé⁷, bibliotecario de Mazarino. De todas formas, la última palabra la tiene el bibliotecario, que es el que conoce bien los fondos que ha de ordenar y el espacio con que cuenta. Por ello «ante todo examinará el sitio mismo del lugar, la anchura de la Bibliotheca, la forma de los Caxones o Repuestos, la simetría de los Estantes y Asientos, y aptitud y aun la abundancia misma de los libros que se han de colocar y la cantidad; la que por el tanto cuidará de distribuir de manera que cada qual quadre con cada cual, y se correspondan entre sí de manera que, con el hermoso y sutil enlace, y con su consonancia y hermosura, atraigan a sí los ojos y corazones de los que miran» (pág. 230).

Precisamente es en el siglo XVIII cuando surge la tendencia entre los bibliotecarios y estudiosos a considerar que la ordenación por materias, tanto en los estantes como en los índices, es el adorno más apreciado de una biblioteca, y que las estanterías deben convertirse en un espejo del árbol genealógico de las ciencias. Georg Leyh, que es el que utiliza el símil del espejo (Spiegel), considera como ejemplos claros de este tipo de clasificaciones a Legipont y Middleton⁸. Más adelante veremos, en la descripción que hace de su clasificación, cuán fielmente lo persigue nuestro autor.

Reconoce no obstante que muchas de las clasificaciones reseñadas en su libro se han aplicado solamente para confeccionar el índice de materias, ya que la tendencia general todavía es la de ordenar los libros, bien por orden de llegada, bien por tamaños. Incluso hay bibliotecarios, como Coringio y Morhofio, que opinan que es más útil ordenarlos «sin cuidar mucho de su assumpto... *porque...* dicen, *un catá-*

⁷ NAUDÉ, G.: *Advis pour dresser une Bibliothèque*. París, François Targa, 1627. Ed. act. Leipzig: VEB edition, 1963, cap. VII: L'ordre qu'il convient leur donner, págs. 97-106.

⁸ LEYH, GEORG: «Aufstellung und Signaturen», en MILKAU-LEYH: *Handbuch Bibliothekswissenschaft*, II, pág. 704.

logo compuesto separadamente por las materias de la bibliotheca, compensará con facilidad todo lo que estuviere errado» (pág. 238).

En el capítulo siguiente nos presenta su propio sistema de clasificación: «La buena división, por lo general, suele formarse deste modo: primero se pone una cosa la más universal, la que después se separa en sus partes genéricas, luego en específicas e individuales. Y prosiguiendo assí de esta forma, se dividirá primero toda la multitud de libros en quatro classes principales, a saber: *Theologica, Filosofica, Histórica y Jurídica*; la que después debe dividirse en piezas inferiores, y éstas en artículos o pequeños miembros, respective a la magnitud de cada facultad y variedad de assumpto, según las leyes del método Syntetico o Analítico» (pág. 237).

Para que el lector comprenda lo que él entiende por ordenación armoniosa, Legipont nos incluye en el libro dos esquemas a doble página, a distinto nivel de desarrollo, ya que el primero incluye dieciocho divisiones y el segundo veinte. El autor imagina una biblioteca ideal incluida en una sola habitación, y en la que ha distribuido a lo largo de las paredes el acervo del conocimiento humano. Es una habitación rectangular en la que sólo se ha señalado, para una mayor riqueza simbólica, la puerta. No aparecen ni ventanas ni ningún otro accidente arquitectónico.

Las cuatro paredes se han cubierto de nichos o estantes, cada uno de ellos destinado a una parcela del saber, en total dieciocho y veinte. Este número es convencional, porque ya nos ha dicho el autor que las divisiones las debe hacer el propio bibliotecario adaptándose a las necesidades de su propia biblioteca.

Cuando el lector entra en la sala tiene que atravesar forzosamente el apartado de bibliografía y metodología. Una vez que está en el centro de la habitación, el lector encuentra frente a sí el grupo de Teología, con la Sagrada Escritura en el centro, a la derecha la Filosofía, considerada como conocimiento de todas las cosas (*Scientia Omnium Rerum*), y que incluye por tanto las llamadas Ciencias y Artes: Medicina, Química, Matemáticas, Arte, Literatura, etc. A la izquierda, las Ciencias Jurídicas y las Históricas.

El autor ha querido dar a este esquema un significado muy profundo. La primera mirada del lector al penetrar en la sala se dirige a la Sagrada Escritura, como fuente de toda verdad y en la que, como una clave arquitectónica, se apoya todo el edificio del conocimiento humano. De la Sagrada Escritura parten dos vertientes a modo de

rayos, ríos o caminos en donde se sitúan las distintas ciencias y saberes. Las dos vertientes terminan en la puerta. Ante ella, y marcando el centro de la pared dibujada en la parte inferior del libro, la Bibliografía y Metodología, señalando el camino (meta ódos) de acceso a los diversos saberes. Nótese que el apartado de Bibliografía está situado en un lugar funcionalmente imposible, delante mismo de la puerta y cortando el acceso a la habitación, lo que da a entender un significado estrictamente simbólico.

Para «leer» el esquema, no hay que olvidar que la numeración con que señaliza los armarios es puramente funcional; el autor busca una visión globalizadora de la sala, no secuencial (lám. 1 y 2).

Legipont reconoce que está satisfecho con su clasificación. Considera que si se aplica en una biblioteca «todas las classes de las ciencias y doctrinas, y todos los Repuestos se reciben con mutuo enlace y confederación, de manera que hacen como un perenne círculo, y se dan mutuamente las manos; y (*lo que es lo principal y suma de la Bibliotheca*) todavía esta disposición ayuda noblemente la memoria, buelve facil su uso, y maravillosamente aprovecha para la hermosura y perfección. Por lo que si dixere que no hallo que añadir a esta fabrica, o que no se puede pensar otra cosa más discreta y primorosa que ella, lo haría sin nota de jactancia» (pág. 256).

El estudio de la clasificación de Legipont exigiría un estudio bastante más amplio que el concedido para este trabajo. A lo largo del capítulo dedicado a este tema, y sobre todo en las págs. 230-235, nuestro autor demuestra conocer las corrientes clasificatorias que se fueron desarrollando a lo largo de los siglos XVI y XVII, nacidas sobre todo de las obras de Gessner y Garnier. Cita a Naudeo (Gabriel Naudé), Garnerius (Jean Garnier), Bulialdo (Ismael Bouilleaud), Montfalcon (Bernard de Montfaucon, también benedictino), Mabillon e incluso a un español, aunque este citado tangencialmente, Pinelo (Leon Antonio de Pinelo).

Si comparamos su clasificación con las de los bibliógrafos antes citados, es fácil relacionarla con la de Jean Garnier, jesuita, autor de la clasificación seguida en la Biblioteca del Colegio de París. Su obra se titula: *Systema Bibliothecae Collegii Parisiensis S. J.* (París, 1678), y reedición en Frankfurt, 1728. Esta clasificación evolucionará gracias a su transformación progresiva por Bouilleaud, Martin, De Bure, hasta desembocar en la famosa clasificación de Brunet, en su edición definitiva en 1860-1865.

Y ahora volvamos al tema de la organización de los fondos de San Isidro. Cuando los bibliotecarios Irusta y Acevedo escogieron el sistema de Legipont para organizar esta biblioteca, es muy posible que lo hicieran atraídos por la modernidad que suponía en las bibliotecas la ordenación sistemática. No hay que olvidar que las clasificaciones anteriores estaban pensadas prioritariamente para organización de catálogos, mientras que Legipont nos da dos clasificaciones distintas, aunque relacionadas, la destinada a organización de los fondos, y la que se debería utilizar en los catálogos de materias.

Pero en breve plazo sería inevitable adaptar el esquema primitivo a las exigencias del siglo. En 1857, se establece que en la Universidad Central se clasifiquen los libros en seis grandes apartados: Teología, Jurisprudencia, Ciencias y Artes, Bellas Letras, Historia y Enciclopedias⁹. Se podría pensar que es una «modernización» del esquema primitivo, pero en realidad es la clasificación de Brunet, muy utilizada en las bibliotecas del siglo XIX (el mismo Brunet la califica de «classification des librairies de France»). La semejanza entre ambas clasificaciones ya la hemos comentado anteriormente, en cuanto que ambas pueden proceder de un mismo tronco: Jean Garnier y su clasificación para la biblioteca del Colegio de París.

En la actualidad, los fondos de San Isidro han vuelto a una aséptica ordenación por número currens. Cuando se planteó su recatalogación bajo la dirección de la bibliotecaria Aurora Cuartero, desgraciadamente fallecida poco antes de terminar esta labor, sus fondos no tenían la vitalidad que hubiera exigido su reclasificación por materias. Sólo quedan como muestra de su etapa anterior las marcas topográficas primitivas.

SEÑALIZACIÓN TOPOGRÁFICA

Tema complementario a la ordenación de los libros en los estantes es la señalización topográfica. Si los libros han sido colocados por número currens, la señalización es fácil: del uno al infinito, aunque en este caso es conveniente colocar los libros por tamaños: folio, cuarto y octavo, para un mejor aprovechamiento de las estanterías. La colocación por número currens implica que toda consulta debe estar me-

⁹ LAFUENTE Y ALCÁNTARA, EMILIO: *Memoria de la Biblioteca de la Universidad Central*, 1866. Ejemplar manuscrito. Archivo de la Universidad Complutense.

diatizada por los índices, catálogos decimos hoy, por lo que deben ser muy completos y variados.

El otro sistema utilizado es el que propugna Legipont. Los libros están colocados reflejando la estructura armoniosa del conocimiento humano. Cualquier persona que conozca el sistema científico que ha guiado al bibliotecario para ordenar los libros los podrá encontrar directamente. Los índices son un complemento que amplía las posibilidades de búsqueda, imprescindibles para el lector que no conoce bien el sistema y dando nuevas entradas al que sí lo conoce.

La fórmula que propugna Legipont es la numeración independiente de cada armario y de cada balda, lo que permite la inclusión constante de nuevas adquisiciones con el único límite de la ocupación total del armario. Como los armarios se habían repartido previamente por materias, su numeración conlleva clasificación. Es un sistema muy útil todavía para bibliotecas pequeñas. El único inconveniente se encuentra en que, si la biblioteca crece con rapidez, los armarios se llenan pronto, lo que significa corrimientos constantes si se quiere mantener la organización primitiva. Voy a recoger algunas líneas de nuestro autor para que él nos explique en pormenor su técnica de señalización, haciendo notar que ya en esta época los libros se colocaban en el mismo orden que en la actualidad: de izquierda a derecha y de abajo arriba, y que, por primera vez, un bibliotecario recomienda expresamente que la señalización topográfica aparezca tanto en el exterior como en el interior del libro¹⁰.

«Y así, después de haberse distribuido todo por su orden y en sus lugares, se deberá poner a cada Caxón o Armario su número y título con letras visibles; esto es, empezando desde el lugar más sobresaliente donde se ponen las Biblias, siguiendo en círculo por la diestra del que mire... Señalados deste modo los Caxones, desde luego te aplicarás a distinguir también las gradas con sus notas... Si a la Grada inferior de cada Caxón aplicares la letra A, a la segunda B, a la tercera C, a la quarta D, y assi sucesivamente en cada Caxón... y assi subiendo de Grada en Grada hasta lo alto del remate del Corredor si le tuviere... Pero para salirse en pocas palabras quisiera yo que toda la fábrica de la Bibliotheca, a manera de un solo tomo, se distribuyesse en sus partes, capítulos y parágraphos: esto es, de manera que los Armarios tuviessen las veces de Capítulos, los Estantes de Parágraphos, los quales

¹⁰ MILKAU-LEYH: *op. cit.*, tomo III, pág. 705.

por último se distinguiesen en números con los cuales deben señalarse los libros... Señalados pues del modo que diximos los Caxones y Estantes, se ha de escribir a cada libro el título por las espaldas: luego se pondrá debaxo el número de la Grada y después la letra del Alfabeto que señala el Armario, con la nota del número cierto arábigo que muestra el orden que ocupa el libro en esse Assiento. Por exemplo, si en la Grada primera del primer Armario pussiste veinte libros señalaras el primer tomo por las espaldas deste modo: I A 1, el segundo I A 2...»

«Tal es la fuerza deste artificio que entre algunos centenares de millares de libros, se puede sacar qualquiera que se desee casi en un momento de tiempo, con sólo que sepa leer; y que assimismo se puedan colocar siempre en su lugar, aunque sean mil tomos traídos de nuevo, si se necessita, sin novedad o perturbación del orden y número primero».

«Mas no será superfluo, aunque de passo avissar que la sobredicha anotación de libros se puede hacer no del todo malamente en la tabla exterior o folio de cada libro, porque deste modo se podrá con más facilidad mudar el número, y por otra parte, no será tanto el trabajo en la demarcación; antes bien, importa muchísimo para que si por el uso quotidiano y manejo de los libros, quizá se borrarse o quitasse aquella exterior rotulación hecha en las espaldas, se pueda restituir de allí con facilidad la misma» (págs. 266-270).

CATÁLOGOS DE LA BIBLIOTECA

Llegamos al último paso del proceso de organización de una biblioteca. Los libros han sido seleccionados, adquiridos, colocados en los estantes, numerados, y ahora, por último, apuntados en los índices para su pronta localización. Quizá sea la etapa más lenta y laboriosa de todas las que hemos enumerado. En la Biblioteca que estamos estudiando, los trabajos de confección de los índices empezaron el mismo año del extrañamiento de los jesuitas. En documento de este año 1767 citado por Simón Díaz aparece un Felipe Varela como «oficial del índice de la librería» a la vez que el presbítero Pedro Vázquez clasificaba las obras teológicas¹¹. T. del Campillo recoge de un docu-

¹¹ SIMÓN DÍAZ, JOSÉ: *op. cit.*, tomo II, pág. 103.

mento de la época la noticia de que, para 1783 «habíanse puesto en fácil manejo treinta y cuatro mil cuerpos de libros; existían cédulas puntuales y exactas que los describían, siguiendo las letras del alfabeto en forma de diccionario», pero aun así todavía ni se había procedido a redactar el catálogo general, indispensable para el perfecto arreglo de la Biblioteca y el buen servicio de los pedidos de los lectores¹².

De estos datos se deduce que los bibliotecarios de San Isidro fueron redactando desde el primer momento los catálogos secundarios, catálogos que pudieron acabarse ya para 1793, pero no el catálogo principal, con toda seguridad el de autores, sin terminar incluso en el momento de la inauguración.

Legipont nos explica pormenorizadamente el método más adecuado para redactar los índices. Es uno de los capítulos donde mejor se refleja el pragmatismo con que ha enfocado nuestro autor el libro. Su obra está dirigida a personas que quizá hasta entonces nunca habían trabajado en una biblioteca, y esto hace que nos dé detalles que otros autores evitan por superfluos, lo que a la vez nos permite a nosotros, bibliotecarios de otro siglo, penetrar en trabajos cotidianos que de otra forma no hubiéramos podido conocer.

Hay muchos tipos de índices, pero los más importantes en una biblioteca son los de materias y autores. El índice de materias debe reflejar las grandes divisiones que se han establecido para la colocación de los libros, y dentro de ellas, ordenación cronológica, por dignidades o, cree que lo más útil, por orden alfabético, «añadiendo el título y forma del libro, año de impresión, como también las señas indicativas del Armario, Grada y Orden del tomo puesto en cada Escalón» (pág. 272).

El índice de autores es considerado el principal, «debe ser universal y comprender todos y cada uno de los libros de la Bibliotheca, de qualquier facultad que sean; notados con continua serie por las letras iniciales de apellido o nombre de cada Author, esto de manera que aquellos Escritores cuyas obras se incluyen en la Bibliotheca de los Padres y otras Colecciones... se escriben en el índice por orden Alfabético; y esto con el fin de que si por el Prefecto de la bibliotheca se busca si tiene ya este o aquel Escritor en algun tomo de su Bibliotheca, luego consultando este catálogo sepa responder bien y no se le sea necessario divagar moleestamente mucho tiempo por los Indices de se-

¹² CAMPILLO, TORIBIO DEL: *op. cit.*, pág. 146.

mejantes colecciones... Ayudados los bibliothecarios deste hilo de Ariadna, si no hallaren desde luego el libro que buscan, carguen sobre mí» (págs. 274-275).

A continuación nos da el «truco» para preordenar los datos antes de pasarlos al libro definitivo. Es una de las recomendaciones más curiosas del libro. «Para que se puedan hacer con menor trabajo estos Indices, se deberán escribir primero los libros como ocurran en los Caxones en papel común, cuyo dorso se dexe en blanco; se deberá también dexar un justo espacio entre cada uno de los authores, porque respectivamente, sin daño alguno de la escritura, se puedan separar y cortar y reducir comodamente al orden que quisieres. Después de haver notado todos tus tomos deste modo, empezando entonces desde la primera página del Indice, irás cortando con las tixereras uno por uno los Authores y passando un hilo por las últimas orillas de las boletas, los compondrás en manogitos, teniendo cuenta de la letra inicial de los Authores, de manera que aquel cuyo apellido empieza por la letra A, se ponga en el manogito A... Llenados deste modo los manogitos, los repasarás otra vez y distribuirás todos los Authores, según pidriere el orden Abecedario... y assi distribuidos, los passarás por último, con la mayor puntualidad, de las esquelas a las tablas del catálogo, nombradas debaxo del mismo nombre las demás obras del mismo Escritor, que pertenecen a diversas classes, pero puestas siempre las señales propias para el hallazgo» (págs. 275-276).

Hay que suponer que el paso de catálogos en libros a catálogos en fichas se produjo porque los bibliotecarios quisieron evitarse la segunda redacción, y simplemente encajaron los «manogitos» en muebles especiales para impedir su trasiego, dando lugar a los ficheros actuales. Hasta que el ordenador ha invertido de nuevo el proceso y hemos vuelto al sistema primitivo: primera ficha escrita sobre el teclado, ordenación automatizada siguiendo las órdenes del bibliotecario, e impresión definitiva en forma de libro.


Legipont nos ofrece otro sistema que nos ahorraría la segunda copia: «Sería util mercar un catálogo de alguna Bibliotheca muy célebre ordenado por la serie de letras... y distribuido éste en quatro o seis partes, hágalo enquadernar, insertando una hoja blanca en cada llana, y según la serie prescrita de los Authores contenidos en él, note enfrente los Escritores comprendidos en sus tomos. Con tal methodo conseguirá además este beneficio, que sacará noticia de sus Authores y de los otros, y aprenderá con el uso quotidiano deste Lexicon poco a

poco lo demás que pertenece a la materia de los libros» (pág. 277).

Y con estas líneas termino mi trabajo. Desearía haber despertado en los lectores interés por una biblioteca poco conocida y a la que me siento muy unida, ya que en sus fondos me familiaricé con el libro antiguo. Y si tanto disfruté en esa tarea, en gran parte fue porque hace ya muchos años, un profesor de la Escuela de Documentalistas, Justo García Morales, despertó en mí el amor por el libro y por la profesión bibliotecaria. Gracias, don Justo.



Lám. 1. Esquema de una biblioteca organizada en 18 secciones temáticas. Estricta simetría, con el eje marcado por la línea ideal que va desde la puerta, a través de la Bibliografía y Metodología, hasta la Biblia. Aunque las láminas reproducidas proceden de la edición española, el traductor ha respetado los nombres en latín.

XVIII. <i>Jus Civile, & Feudale.</i>	XIX. <i>Jus Canoni- cum.</i>	XX. <i>SS. Patres, & Concilia.</i>	I. <i>Sacra Biblia.</i>	II. <i>Interpretes, & Critici Sacri.</i>	III. <i>Theologi Scho- lastici.</i>	IV. <i>Polemici, & Morales.</i>
XVII. <i>Jus Natura, & Gentium.</i>						
XVI. <i>Collectiones Scrip- torum Histori- corum.</i>						
XV. <i>Historia Eccle- siastica.</i>						
XIV. <i>Historia Pro- phana.</i>						
XIII. <i>Rei Diplomaticæ, & Antiquitatum Scriptores.</i>	XII. <i>Geographi, Ge- nealogi, Heraldici, et, cet.</i>	XI. <i>Methodici, & Biblio- graphi.</i>	X. <i>Rhetores, Poetæ, Grammatici, & Philologi.</i>	IX. <i>Mathematici, Mechanici, Oeco- nomici, et.</i>	VIII. <i>Medici, Botani- ci, Chymici, et.</i>	

Lám. 2 El mismo esquema anterior al que se han añadido dos secciones nuevas: Física y Metafísica (desgajada de la Filosofía) y Colecciones de Escritores Históricos. Las secciones nuevas se han situado de forma que no distorsione el primitivo eje simétrico.